

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

CRISTÓBAL COLÓN PARTE DE SAN LÚCAR DE BARRAMEDA, PASA POR CANARIAS, Y POR LAS ISLAS DE CABO VERDE; SIGUE POR DEBAJO DEL PARALELO DE SIERRA LEONA; EXPERIMENTA LAS CALMAS CHICHAS DE LA ZONA TÓRRIDA, EN SU MAYOR INTENSIDAD.—EL CALOR CORROMPE LOS VÍVERES, REBIENTA LOS BARRILES, DERRITE EL ALQUITRAN, ETC.—EL ALMIRANTE, EN INMINENTE PELIGRO DE MORIR DE SED, SE VÉ FORZADO Á CAMBIAR DE RUMBO.—EN MEDIO DE LA CONSTERNACION DE LAS TRIPULACIONES, SU CRIADO DESCUBRE LA ISLA DE LA TRINIDAD.—DESCUBRIMIENTO DE LA TIERRA FIRME.—PRIMER ASPECTO DEL NUEVO CONTINENTE.—EL ORINOCO, EL GOLFO DE PARIA.—LA BOCA DE LA SERPIENTE Y LA BOCA DEL DRAGON.—FELIZ SALIDA DE LAS NAVES POR EL TEMIDO PASO DE LA BOCA DEL DRAGON.—DESCUBRIMIENTO SUCESIVO DE LAS ISLAS: LOS TESTIGOS, MARGARITA, CUBAGA DONDE SE PESCAN LAS PERLAS.—LA AVERÍA DE LOS VÍVERES, DE LOS BUQUES Y EL ESTADO DE CEGUERA DE COLÓN LE OBLIGAN Á PARTIR PARA LA ESPAÑOLA.

§ I.

El 30 de mayo de 1498 habian desplegado sus velas las seis carabelas amarradas en el puerto de San Lúcar de Barrameda. El Almirante se habia hecho á la mar bajo la invocacion de la Santísima Trinidad (1), habiendo hecho voto de dar este augusto nombre á la primera tierra que pudiera descubrir (2).

(1) Cristóbal Colón.—«Partí en nombre de la Santísima Trinidad, miércoles, 30 de mayo, de la villa de San Lúcar.»—*Relacion del tercer viaje, dirigida á los Reyes Católicos.*

(2) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. III.

Ahora ya no iba Colon en busca de islas; ni quería sondear tampoco los mares de aquella gran tierra de Cuba que creía ser el comienzo de las Indias; sino que iba ahora á interrogar los espacios desconocidos del Océano en el mediodía, y se adelantaba resueltamente en busca de un Continente nuevo, que su intuición presentía como existente por necesidad bajo una latitud más occidental. Según las esperanzas que alimentaba, aquel nuevo viaje casi igualaría en importancia al de su primer descubrimiento (1). Mandó por de pronto gobernar al Sud, á fin de evitar el encuentro de una escuadra francesa que se hallaba hacia el cabo de San Vicente (2).

El día 7 de junio llegó el Almirante al surgidero de Porto-Santo, donde oyó misa; proveyó de leña, hizo aguada, y echó el ancla en Madera donde le recibieron con gran pompa el gobernador y la mayor parte de los habitantes que ya le conocían. Seis días pasó en la isla para recoger provisiones y abastecerse de azúcar negro que se compraba allí á muy ventajoso precio. De aquí pasó á la Gomera, y despues continuó su rumbo.

Preocupado continuamente el Almirante con las necesidades de la Colonia, llegado que hubo á la altura de la isla de Hierro, envió directamente á la Española tres buques á las órdenes de su cuñado Pedro de Arana, de su primo el genoves Juan Antonio Colon, y de Alonso Sánchez de Carvajal. Fijóles el derrotero que debían seguir, indicándoles el camino más corto. Los tres debían tener alternativamente el mando de la escuadra cada uno durante una semana.

Colon, con los tres buques restantes, dirigióse entónces hacia la zona tórrida «en nombre de la Santísima Trinidad (3).»

Á sus muchas fatigas se le agregó un ataque de gota, agravado con calentura desde el cuarto día; pero dominando la energía de su voluntad la violencia de su dolor, no cesó de dirigir personalmente la navegación (4). Luégo que hubieron dejado atrás la isla estéril de Bella-Vista, refugio de los leprosos portugueses, el miércoles, 4 de julio, mandó el Almirante gobernar hacia el Sudeste. Desde el 27 de junio no se habían podido observar las estrellas, ni tomar la altura, por lo muy espesas que eran las nieblas. Con todo, él persistía en seguir aquella dirección, aunque la violencia de las corrientes que se dirigían al Norte y al Noreste retardaban y hacían penosa la marcha. El 7 de julio se hallaban todavía á la vista de la isla de Hierro. Sin embargo, quiso seguir dicho rumbo hasta que hubieren

(1) «Una empresa tan importante y gloriosa en su idea como el primer descubrimiento.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 23.

(2) Herrera dice que esa escuadra era portuguesa, pero Las Casas asegura que era francesa; y la misma relación de Colon no permite ninguna duda acerca de este particular.

(3) Herrera, *Historia general de las Indias occidentales*. Década 1.^a, lib. III, cap. ix.

(4) Fernando Colon, *Vida del Almirante*, cap. lxxv.

llegado á la línea equinoccial, desde donde habría gobernado hacia la Tierra firme de las Indias, por Occidente.

Muy luégo encontraron yerbas parecidas á las que alarmaron tanto á las tripulaciones durante la primera navegación. Cuando hubieron andado ciento veinte leguas al Sudeste, el 13 de julio, bajo el paralelo de Sierra Leona, amainó repentinamente el viento, las aguas tomaron el aspecto de una inmensa sábana, y las velas colgaban inmóviles y flojas á lo largo de los palos. La brisa no rizaba el ardiente espejo que figuraban las aguas abrasadas por los rayos de un sol que caía perpendicular. Los buques parecían sujetos por la quilla en la superficie de un mar de plata. La calma bochornosa del aire, la inmovilidad del Océano cuya inmensidad no ofrecía más que un solo matiz uniforme pero abrasador, y la sensación de un calor súbito y enervador tenían abatido el ánimo de los marinos. Encontrábanse en las regiones todavía desconocidas de las calmas, acerca de las cuales tan siniestras narraciones hacían los aficionados á cuentos de á bordo.

Un sol que ningún vapor ó nubecilla templaba pareció tostar el espacio durante el primer día. Todo quemaba, el alquitran se derretía. Por fortuna el día siguiente cubrieron el cielo espesas nubes, y cayeron algunos chaparrones de agua de gotas muy grandes; el calor continuaba siendo sofocante. Bajo la influencia de aquel ardor unido á la humedad, se averiaban los comestibles y se introducía la corrupción hasta en las salazones. El lardo se derretía como si estuviera junto al fuego. El trigo se arrugaba y parecía tostarse. Secáronse las duelas de los toneles, y no comprimiendo ya los aros las ensambladuras, salíanse el vino y el agua por las hendiduras ensanchadas (1). El calor era tan sofocante que á pesar del peligro que corrían, «no había quién se atreviera á bajar debajo la cubierta para reparar los toneles y cuidar de los víveres (2).» Ocho días duró aquel peligroso ardor, del cual no podían sustraerse por falta de viento. Como siempre, dirigióse el Almirante á Dios que le había socorrido en tantos peligros. Acordóse de haber encontrado un gran cambio en la temperatura cada vez que había pasado á cien leguas al Oeste de las Azores, en el punto designado por la famosa línea de demarcación tirada por el Papa. «Según esto, dice, resolví, si era del agrado de Nuestro Señor, enviarme viento y tiempo propicios, para sacarme de las aguas donde me encontraba, no avanzar más hacia el Mediodía, sin retroceder no obstante, sino navegar hacia Occidente hasta que hubiese hallado otra vez la temperatura que había

(1) Fernando Colon, *Historia del Almirante*, cap. lxxv.—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI.

(2) «Y entré en tanto ardor y tan grande que creí que se me quemasen los navios y gente, que todo un golpe vino á tan desordenado, que no había persona que osase descender debajo de cubierta á remediar la vasija y mantenimientos, etc.»—Cristóbal Colon, *Relación del tercer viaje dirigida á los Reyes Católicos*.

encontrado cuando estábamos en el paralelo de las islas Canarias, é ir entónces más hacia el Sud. Al cabo de los ocho días plugo al Señor concederme un buen viento de Este y me dirigi entónces hacia el Occidente.»

El buen éxito vino á justificar la conjetura cosmográfica del Almirante. Avanzando hacia el Oeste, encontró aquella atmósfera suave y serena que, bajo el meridiano indicado, había refrescado siempre su pecho que anhelaba observacion. «Por espacio de diez y siete días me dió Nuestro Señor un buen viento.» Las provisiones, empero, estaban averiadas y corrompidas en su mayor parte. Las cubas de vino estaban vacías. No quedaba más que un sólo barril de agua en cada una de las tres naves. Corriendo grave riesgo de morir de sed, no obstante su pesar de separarse de su derrotero, mandó el Almirante gobernar al Norte, hacia las islas Caraibes, con la esperanza de proveer allí de viveres, de hacer aguada y carenar las carabelas. La angustia de las tripulaciones era horrible. En medio de los más sombríos recelos, el 31 de julio, al mediodía, habiendo subido por casualidad á las gavias un marinero de Huelva, Alonso Perez Nizzardo, criado del Almirante, vió asomar en el Occidente tres cimas de montañas que parecían unidas por una sola base.

¡Era la tierra tan deseada!

Parecía distar unas quince leguas (1); y por una prodigiosa particularidad, ya desde aquella distancia parecía presentar misteriosamente el emblema de la Trinidad cuyo nombre había hecho voto de imponer el Almirante á la primera tierra que descubriese.

§ II.

Las raras circunstancias de aquel descubrimiento, aquellas tres cimas que parecían salir de la misma montaña, y que recordaban de una manera tan exacta el voto del Almirante de dar el nombre augusto de la Trinidad á la primera tierra que descubriera, asombraron á los cronistas contemporáneos y á los cronistas reales. Narrando Pedro Mártir el desmayo de las tripulaciones abrumadas por siniestros recelos, atormentadas por la sed, expresa el gozo indecible que excitó la repentina vista de las tres elevadas cimas (2). Oviedo refiere que la isla de la Trinidad fué «de este modo llamada por el Almirante porque él había resuelto dar

(1) Fernando Colón, *Historia del Almirante*, cap. Lxv.

(2) «Nauta quidam speculator tres montes altissimos, sublatis præ lætitia ad cœlum vocibus, se conspiciere proclamavit.»—Petri Martyris Anglerii, *Oceana Decadis prima*, lib. sextus.

este nombre á la primera tierra que viera, además que vió tres montañas en un mismo instante, muy cercanas las unas de las otras (1).» En dos de sus escritos, acerca de las Indias occidentales consigna Herrera esta rara coincidencia entre el voto del Almirante y la aparición de esa tierra desconocida. «El marinero que estaba en la gavia descubrió tres puntas de tierra, de manera que el nombre de la isla correspondió enteramente al voto del Almirante (2).» Muñoz, que tuvo á la vista relaciones y documentos que desde entónces han desaparecido, nos hace saber que Colón atribuyó ese descubrimiento á un señalado favor de Dios (3); miraba como milagrosas las circunstancias de tiempo, lugar, aspecto, de aquellas tres cimas, aparición que estaba tan conforme con su proyecto de consagrar á la Santísima Trinidad la primera tierra que descubriera.

En la memoria oficial que el Almirante envió á los Reyes Católicos, refiere sucintamente con su sublime sencillez las penosas circunstancias en medio de las que le socorrió la Providencia, y se limita á decir esto: «Y como su divina Majestad ha usado siempre de misericordia para conmigo, un marinero subió por casualidad á la gavia y divisó al Occidente tres montañas reunidas (4). Reza-mos la *Salve Regina*, y otras oraciones, y dimos acciones de gracias á Nuestro Señor.»

Al momento cesando el Almirante de navegar hacia el Norte, mandó gobernar hacia la tierra que se le había manifestado, y la llamó la TRINIDAD, según el voto que había hecho al salir del puerto de San Lúcar. Á la hora de Completas, llegaron á un cabo cuya forma fué causa de que lo llamara «Punta de la Galera.» Encontraron allí un puerto pequeño rodeado de terrenos cultivados y sembrados de habitaciones. La vegetación exuberante y balsámica de los alrededores recordaba la huerta de Valencia en la estación primaveral. Colón no pudo entrar en él á pesar suyo, porque las anclas no mordían el fondo. Costeó la orilla hacia el Mediodía durante cinco leguas, y habiendo entónces encontrado un puerto, se detuvo en él. Allí llenaron un barril de agua.

El día siguiente, 1.º de agosto de 1498, diéronse otra vez á la vela, y siguieron la costa para buscar un puerto para carenar en él una de las naves, reparar los

(1) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. III, cap. III. — Traducción de Juan Poleur, ayuda de cámara de Francisco I.

(2) Herrera, *Descripción de las Indias Occidentales llamadas hoy Nuevo Mundo*, cap. VII, pág. 16. — Edición de Amsterdam, 1622.

(3) «El presente atribuyó á un señalado beneficio de Dios; mirando como milagroso el tiempo, el modo y la vista de tres cumbres, etc.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, lib. VI, § 23.

(4) «Y como su alta Majestad haya siempre usado de misericordia conmigo, por acertamiento subió un marinero á la gavia, y vido al Poniente tres montañas juntas.»—Sin duda que, por modestia, no dice aquí Colón que el marinero favorecido con esa primera vista era Alonso Perez Nizzardo, su criado.

toneles, llenar los barriles y procurarse viveres. Al llegar á un promontorio que el Almirante llamó «el Cabo de la Arena,» vieron un puerto cómodo, y las tripulaciones bajaron á tierra, para descansar de sus fatigas. Encontraron huellas de piés humanos, redes, utensilios de pesca, pero no descubrieron ningun sér humano. Observaron tambien numerosas pisadas de animales de patas partidas, y sin embargo no vieron más que uno solo, y aún estaba muerto. Era una especie de gamo muy comun en aquella isla. Siguiendo su invariable costumbre, mandó Colon plantar una Cruz muy elevada en la costa, donde glorificó el nombre de Jesucristo. Esta circunstancia, omitida por Las Casas y el párroco de Los Palacios, resulta de las propias palabras del Almirante en su relacion á los Reyes Católicos (1).

Procedente del Este llegó el día siguiente una embarcacion tripulada por veinticuatro hombres jóvenes todos, armados con arcos y flechas, llevando cada uno de ellos un escudo; cubierta la cabeza con un pañuelo de algodón pintado con diversos colores, y llevando tambien un tejido semejante en la cintura en forma de jubon. Tenian los cabellos negros y largos, pero cortados casi á la moda de España. Su piel era más blanca que la de los insulares que hasta entónces se habian encontrado. Cuando el bote estuvo al alcance de la voz, detuviéronse los remeros, y llamaron á los de la carabela del Almirante, pero nadie comprendió sus palabras. El Almirante les hizo señas de que se aproximaran; pero la desconfianza parecia detenerles. Continuaron en observacion durante más de dos horas; á veces se aproximaban para examinar los espejos, las fuentes de metal, las corazas relucientes y otros objetos brillantes que les enseñaban á fin de atraerles; luégo, de repente, alejábanse de nuevo en el momento de estar más cercanos. Queriendo seducirles el Almirante por el atractivo de un espectáculo divertido, reunió en el castillo á todos los marineros jóvenes para hacerles danzar al son de la flauta y tamboril. Desde el momento, empero, que los indios vieron ejecutar los primeros pasos, soltando en un instante los remos, colocaron en los brazos sus escudos, cogieron sus arcos y comenzaron el ataque. Atendida su costumbre de entrar en campaña por una danza guerrera, habian creído ver un signo de hostilidad en aquel festivo ejercicio de los extranjeros, y aceptaban el supuesto desafio. Á tan brusca agresion, contestó el Almirante con dos ballestazos, con lo que hubo lo bastante para moderar el ardor de aquellos guerreros, que fueron á colocarse al abrigo de la popa de la carabela cercana, cuyo piloto descendió animosamente á su bote, y dió un sobretodo y un gorro de color de escarlata al que le

(1) «Y en todo cabo mando plantar una cruz, y á toda la gente que hallo notifico, etc.» — *Relacion del tercer viaje dirigida á los Reyes Católicos.*

pareció el jefe. Hiciéronle señas de que fuera á tierra, y de que le darian todo cuanto quisiera, yéndose despues á esperarle en la orilla. No atreviéndose el piloto á ir sin haber obtenido para ello el permiso del Almirante, pasó á su buque para pedirselo; pero luégo que aquellos hombres le vieron subir al buque donde se habia bailado, sospechando alguna traicion, echáronse á su bote y huyeron á todo remo (1).

Miéntas avanzaban notó el Almirante entre la isla de la Trinidad y una tierra cercana que tomó por una isla, una corriente violenta, que producía un espantoso ruido hasta entónces desconocido. «El agua venía, dice, del Levante al Poniente con tanta impetuosidad como el Guadalquivir cuando se sale de madre.» Vió que la direccion del Este al Oeste continuaba á todas horas, sin interrupcion, con una fuerza ó celeridad de dos millas y media por hora (2). Temió formalmente que no podría continuar avanzando, á causa de las hondonadas que le indicaba aquel ruido, ni volverse atras á causa de la violencia de la corriente. Miéntas que á una hora muy avanzada de la noche, el insomnio, la inquietud y su deseo de observar le detenia en la cubierta á pesar de su oftalmia, oyó repentinamente un ruido terrible que procedía de la parte del Sud. Examinó con ansiedad, y vió que el mar, en la parte del ocaso, formaba una montaña de agua tan alta como la arboladura del buque y avanzaba contra él. Á ese ruido se mezclaba el tumulto de otras corrientes. Aquella masa liquida bajó no obstante levantando la carabela y llegó á la embocadura del canal, donde se mantuvo algun tiempo en pié en su lucha contra la corriente opuesta. Tan vivamente sintió el Almirante la inminencia del peligro, que al cabo de algunas semanas de pasado, sentía aún sus penosas impresiones (3). Todos se habian creído perdidos sin remedio. El día siguiente mandó á las lanchas que sondearan: encontraron seis ó siete brazas de fondo y reconocieron una doble corriente, una para la entrada, otra para la salida. «Plúgole al Señor darme un viento próspero, dice, y atravesé el interior de aquella embocadura; despues de lo cual encontré otra vez la tranquilidad.» Á aquel peligroso paso le dió el Almirante el nombre de «boca de la Serpiente.»

(1) Cristóbal Colon.—*Relacion del tercer viaje dirigida á los Reyes Católicos.*

(2) Anotacion hidrográfica de Navarrete.

(3) En el momento que dictaba, á su secretario, su relacion para los Reyes Católicos.